

## EL MAS ARDIENTE MENSAJE

Hace ya tiempo que escribimos ésto. Hugo Fernández Artucio nos lo pide para prologar su libro. Se lo entregamos, reconocidos.

Pero, lo que importa es su obra. Héla aquí para el pueblo. Especialmente para los jóvenes, que son siempre la resurrección humana y la creación de la vida, redimida de la historia y encarnada moralmente. Mejor aún si es para los estudiosos, porque ellos conocerán que lo primero es la fé y que lo primero es todo; y, que aquel que nos habla de "después", aunque sea un segundo, miente, puesto que hay que libertar a la naturaleza sin ninguna pérdida, de todas las soluciones provisionarias, económicas y políticas que servilizan al ser vivo, de tal manera que lo que se sabe del ser es sólo una parte de si mismo, una parcialidad dialéctica del conocimiento. Un segundo basta para ser esclavo. Los siglos no bastan para libertarse. No confiamos, pues, en una vida que comienza planteándose el problema de ser y de no ser, porque ésto no es resolver sino cambiar; y, si ya horroriza a Perménides porque encuentra allí la tenebrosa tentación de morder la manzana del bien y del mal, hoy podemos decir que, matando con la forma la sustancia, en nuestro mismo pensamiento están el espionaje y la quinta columna.

¡Cuánto han olvidado los intérpretes de la historia y los filósofos sistemáticos algunos acontecimientos de inmensa trascendencia moral como las revoluciones campesinas que liberan a la tierra ante todo, para que la tierra produzca sola y el hombre viva en una comunidad maravillosa; y, cuánto las han mistificado los que no las pueden olvidar, para subordinarlas a la limitación política de los estados!

No tenemos que complicarnos con las teorías que tienen por objeto retrasar la sabiduría original y oponer la creencia falsa a la creación liberadora.

Hemos de posesionarnos, entonces, de una inocencia soberana, de una gracia de criaturas y de un valor de hombres, in-

divisibles como las entrañas, para ignorar todos los peligros que no son otra cosa que las debilidades heredadas y las monstruosidades disimuladas, en una época en que nada menos que Max Scheler muere, más desgraciado que un cisne, preguntándose qué ley sobrevive a las culturas.

Alcibiades es joven cuando habla con Sócrates y sueña gobernar a su pueblo y cree, — y es todo lo que cree porque sueña, — que el poder es todo el saber y el saber es ambición y todo es político.

Parece mentira; pero, lo cierto es que esta idea es el fin del pensamiento y sólo así pretende demostrarnos la existencia de la materia para apoderarse de su falsa universalidad y reconstruir infinitamente el imperio del mal. Y es violenta y sarcástica al mismo tiempo porque quiere ser, a la vez, una cosa y la otra, arquetipo de su propia confusión. Por eso, mientras un verdugo puede condolerse del mártir y Elliot enloqueció por éste, el tirano goza con el martirio, porque matar es una voluptuosidad mental contra toda la vida y esta fuerza es el estilo de los dictadores y el utilitarismo criminal del estado absoluto. Comprendamos que ésta no es la materia con que está hecho el hombre, con la que nace, que es más pura aún que aquella con que vive; y, que ni siquiera es la física ni sus complejos extrafísicos, porque ya hemos salido de las elegías de Demócrito y de Pitágoras y de todos los positivismos religiosos y vamos, sin ningún proceso inventivo y sin ninguna mente clandestina, pero con una plástica viva, de espíritu hecho cuerpo, fuera de la estructura dialéctica, hablando, viendo, tocando, gustando, a ese secreto maravilloso y profundo, amorosamente justo, sin principio convencional y sin objeto forzoso, de la libertad creadora de la luz!

Es entonces que Sócrates insiste ante Alcibiades en que el estado verdadero es "hacer las cosas en vista del bien y no el bien en vista de las cosas". De aquí se deduce que el mal no tiene porque existir y que no hay ningún problema que se resuelva de verdad si plantea la contradicción del bien y del mal. Y, Sócrates dice: "en vista", porque basta con ver, como hoy; y, no se necesita para nada la especulación. Y "las cosas en vista del bien", porque, no hay más que una sola cosa: el bien; y, deduzcamos, pues, que si la causa no es la cosa, la causa no es absolutamente nada. Por eso no nos extraña que, cuando un

pueblo está sujeto a la tiranía, los filósofos del dictador empiezan por desacreditar a Sócrates, como lo hace el Convivium fascista y la filosofía alemana con su sistema autoritario desde Hegel y Kant hasta Jung. Y hemos visto, con un gran dolor, que Brochard, siendo francés, sobreponga Platón a Sócrates; y, vemos con una gran alegría que Nietzsche, siendo alemán, proclame que, a pesar de la victoria de su imperio, la cultura francesa no había sido vencida. No en balde Nietzsche sintió como un extraño encanto la ética de Montaigne y las sentencias de los moralistas franceses que, al fin y al cabo, tienen el mismo fundamento eterno de aquellas fábulas compuestas por los esclavos de Grecia.

La vida en su verdad más alta, más sabia, más suprema y más sensible, más profunda que la ley de Keplero que, con todo advirtió que el movimiento de los astros es corpóreo, se crea en el pueblo, vive en el pueblo y no se extingue jamás en el pueblo. Por eso, el pueblo es rey y no pierde nunca su alegría; porque se alegra de haber nacido y su verdad cradora corresponde libremente al hecho humano y musical de nacer y no al problema enloquecedor de vivir y morir sin ninguna gran cordura eterna.

Hoy tenemos que ver como ve Sócrates en los ojos la visión profética que viene desde Juan en el Apocalipsis hasta Isaías que predice la destrucción del imperio sólo porque los árabes dormían en sus tiendas rotas cerca de los muros de la metrópoli; desde Cristo, a quien al llegar a la ciudad, se le propone: "Si eres hijo de Dios, dí que esta piedra se convierta en pan", y, él responde: "No de sólo pan vive el hombre". Y contesta como HOMBRE lo que se le pregunta como DIOS, para resolver con la encarnación de los hombres libres toda una contradicción superior, porque nunca es más Dios el hombre y nunca Dios es más que el hombre que cuando el hombre no cede ni la más mínima parte de su ser vivo para una prueba demasiado miserable de su existencia, como para que la prueba le cueste todo y no se pruebe finalmente nada sino que se sujete al hombre por la palabra y luego por el acto. Porque, además, no hay una verdad tan verdad como el hombre que está creada para ser creída y que no tiene pues nada, nada de necesidad sino todo, todo de libertad.

Ya sabemos, pues, que no hay ninguna distancia entre lo

que se conoce y lo que falta por conocer y que, o todo se ignora o todo se sabe, tratándose de la moral que tanto angustia a un matemático como Pascal; y, que este abismo lo han cavado y lo cavan aún los que hacen una abstracción metódica de la persona humana que no puede ser ni siquiera la flor que hace por amor y por nacer de ella la naturaleza, confiándole en su seno su propia semilla. Estamos frente a la diferencia clarísima e inmediata y directa entre el tirano y sus esclavos y la libertad y sus hombres.

Y, entonces, no podemos tampoco buscar el último refugio en este paraíso de Descartes: "Pienso; luego, existo", porque esto significa: "Pienso y... hasta luego"; porque "Luego" no es ningún lugar y si lo es, la tierra está de más; pero, estamos convencidos de que hay edenes estragados y sombríos como ese, lleno de monstruos febriles, sin calor de sangre y con sudores fríos, menos humanos y menos ciertos que el yermo al que los leones se acercaban, domados para siempre, frente a la santidad imponente de Antonio.

Así hemos concebido siempre la lucha, por todo, por la libertad; y, por todos, los hombres.

Mucho sufrimos y mucho esperamos, — demasiado!— para tener una tribuna de esta lucha, con más tiempo y más espacio que las largas jornadas al pié de las cuatro linotipos lentas pero generosas, de algunos diarios pobres e independientes que fundamos y escribimos.

Pero, ahí estaba la radiotelefonía. Tenía que ser nuestra totalmente porque está abierta a la vida espiritual en la que el hombre funda sus mejores obras; y, a fines de la primavera de 1932 empezó a hablar EL ESPECTADOR.

Evoco aquel primer día, la ventana abierta, el campo verde y un vuelo de palomas al mediodía. Estábamos convencidos de dignificar el órgano más vasto y más delicado de la expresión humana y terminamos también con las rivalidades que pretendía revolver el pasado.

La radiotelefonía viene a realizar la solicitud que siempre renueva el gran dalmata Gerónimo, cuando dice: "inclina tu oído", porque escuchar es eso: inclinar el oído y sin esta inclinación hacia la verdad no hay quien escuche nada...

Y hé aquí que algunos años después, vibrara por EL ESPEC-

TADOR, el mensaje más ardiente que la radiotelefonía puede enviar al pueblo que la ha creado y de la cual nadie puede despojarlo: esta campaña reveladora y trascendente de Hugo Fernández Artucio contra el crimen totalitario de la concepción radicalmente política del hombre.

Así cumple la radiotelefonía la única misión suya, y, todo lo que antes hemos dicho es humildad y se nos ha de permitir; y, no vanidad, porque contra la vanidad, todo castigo es poco.

Marzo de 1940.

**V. BASSO MAGLIO.**